



UN MES.

Madrid... 6
Prov. 3 meses... 20

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid... 60
Provincia... 70

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

AVISO IMPORTANTE.

Con el presente número termina la publicación del OMNIBUS bajo su forma actual. No teniendo este periódico en realidad mas objeto que servir de cubierta á las entregas de varias obras, y careciendo por consiguiente de importancia literaria, consideramos inútil sujetarlo á las condiciones y formalidades que la nueva ley de imprenta exige; mucho mas cuando de la variación de forma no se ha de seguir perjuicio á nadie.—En el prospecto del corriente año ofrecimos dar á los suscritores 372 pliegos de impresión, cuando menos, y ademas las láminas y cuadros correspondientes al texto, y esto mismo será lo que daremos, haciendo el reparto por entregas cada cinco dias como se repartía el OMNIBUS, sin mas diferencia que sustituir los treinta números que faltan del periódico para completo del año, con igual número de pliegos de aumento en las obras.

Para antes que termine la suscripción pendiente, publicaremos las bases de una BIBLIOTECA-OMNIBUS en reemplazo del periódico, que estamos seguros ha de llamar la atención por la novedad del pensamiento y por sus ventajas de un género especial, y muy superiores á cuantas hasta ahora se han obtenido en el ramo de librería en España.

FRANCISCO DE P. MELLADO.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Dos pliegos de un comicón, por Alejandro Dumas.—Uno id. de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem de la NOVELA DE ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.

LA CAZA.

LÓB OSOS DE MADRID.

La muy heroica y arrojada jita tiene, como saben nuestros lectores, por armas en un escudo en campo azul un oso repando á un

madroño. Cuentan que esto es porque antiguamente habia muchos de estos animales en los bosques que rodeaban á la que fué capital de ambos mundos, y que la daban apacible sombra y grata frescora. Hoy los alrededores de la coronada villa se hallan tan pelados como un desierto de la Arabia; han desaparecido los madroños, y los osos tambien, al menos... los del campo.... Para cazar es menester salir á algunos de los montes inmediatos á la corte, y el mas cercano es el del Pardo, que pertenece al patrimonio real.

En una de las mañanas mas frias del mes de diciembre se hallaba años pasados en el monte del Pardo un elegante caballero con su gran paletó forrado de pieles de arriba á bajo, sofocante de marta, caminando á pasos lentos entre el bosque, llevando en una mano un lapiz, y en la otra un enorme manuscrito todo lleno de enmiendas. En su aire pensativo y meditabundo se veía que hacia, ó trataba de hacer versos. Vefasele levantar los ojos hácia el cielo, y hacer aspavientos como el que busca un consonante á estas palabras que murmuraba entre dientes:

¡Horror! su mano airada,
El blanco seno rasgó,
Y de su nieve brotó
Gotas de sangre.....

¡Airada... airada... airada... airada!... Y al mismo tiempo iba caminando.

—¡Oh musa de la tragedia! ¡ven en mi auxilio! ¡Melpómene, inspírame!...

De repente, cambiando de tono exclamaba: —¡Carumba, y que frío hace!... Demos la última mano á mi gran tragedia...

Y al mismo tiempo desarrolló su enorme manuscrito. Sobre su cubierta estaban trazadas estas palabras:

EL BOSQUE VIRGEN Ó LA NIJA CULPABLE.

Tragedia.

—Preciso es esperar á que encuentre este maldito consonante en *ada* que ando buscando hace ocho dias. ¡Airada... airada... airada!...

¡Horror! su mano airada...

Y continuó caminando lentamente por el bosque, oyéndosele al perderse de vista que todavía iba repitiendo:

El blanco seno rasgó,
Y de su nieve brotó
Gotas de sangre.....

En aquel mismo punto se oyo un tiro, y una voz que gritó:

—¡Lo he corrido!...

Eran dos cazadores: el uno de ellos elegantemente vestido, con la cabeza alta, aire y paso triunfal, su lente en el ojo izquierdo, y detrás de él, otro, al parecer criado, traspasado de frío, agobiado de fatiga, siguiéndole, á su pesar, y llevando una gaita que como tenía mas que piel y huesos.

Aquel criado iba tambien elegantemente vestido, con una levitilla azul ceñida, muy ceñida con un cinturón de cuero, un calzon de ante escocésivamente ajustado, gotra de cuero y botas de campaña. Metaba al hombro una mochila con su paraguas, un termómetro atravesado por el pecho, un frasco de baquetá, un morral lleno de provisiones de boca, con necesarios como

platos, vasos, botellas, una silla de baston y un par de zapatos impermeables; dos escopetas de caza, una caña de pescar y una red. Tan cargado iba aquel elegante criado como los camellos con que se atraviesan en el Egipto los desiertos para ir al istmo de Suez.

Soplábase las uñas el pobre criado por el frío que hacia. Su amo volviése hácia él, y con aire traspasado le dijo:

—Pedro, hoy no hemos visto ni un conejo ni una liebre.

—No señor, respondió mohino el criado. ¿Cree V. S., señorito, que esos animales son bastante animales para salir con el tiempo que hace? Para eso es preciso ser como nosotros.

—¿Cómo? replicó incomodado el amo.

—Perdone V. S... es preciso ser tan animal... como V. S... no lo es, señorito.

—¡Cállate, hombre débil y pusilánime! Tu no sabes la felicidad que se siente al volver á ver á la hermosa que uno adora agobiado de fatiga, y hacerla comprender que por agradarla se ha cubierto uno de gloria, de nieve y de barro.

—Si no necesita mas que barro me parece que V. S. haría bien en quedarse en Madrid, y sin mas que atravesar la Puerta del Sol sería hecho su negocio. Vamos, al momento se pudiese volver cubierto de barro... Pero no es preciso ir á ella y un hombre ¡ay que frío, qué frío!

—Tú un conejito, mas que un ser humano, y ¡procurando todo eso de que tu te quejas dadas mi felicidad, y si Elisa pudiese verme, si estuviese aquí ella...

—Tenerte un filo de tres mil demonios, respondió el criado.

—No, porque es fuerte y valerosa, es bella como un sueño de Oriente, y yo quisiera ser como la fugitiva golondrina...

—Para echar á volar á un país mas caliente, contestó Pedro.

—¡Cállate, desventurado! tu desfloras toda mi poesta. Ya veo que la condición en que el cielo te ha colocado no permite á tu grossera corteza un alma poética. Empero á mí, al contrario, me ha hecho pensador y sentimiento: no soy un hombre, Pedro, soy un *idilio*. Si fuese la feliz pulsera, ó el lazo que estrecha el estrecho talle de la hermosa que adoro; si fuesen las seis varas de tela que forman su mirriñaque y ocultan sus mas preciosas gracias, ¡qué feliz sería! Si pudiese hacerme amar de aquel ángel, sería... pero esto es blasfemar y hablar de lo imposible: nada puede darme esta felicidad, y soy el hombre mas infeliz.

En tanto que el elegante cazador se extasiaba tan poéticamente, el criado abriendo una boca de á cuarta començó á bostezar. ¡Ab!... ¡Ab!...

—Barbaro, le dijo el amo, le duermes oyendo tan dulces palabras; abres la boca á mis dulces acentos.

—No es que me duerma, señorito, sino que tengo hambre.

—¡Ser sensual! ¡naturaleza embrutecida y voraz! continuó el elegante cazador: piensas en comer, tienes hambre, tú... Pero cambiando de pronto de tono le dijo: Toma; tambien yo de buena gana comeria un bocadito.

—Creente V. S., señorito, dijo el criado: dejemos la caza, dejemos tranquilos á los conejos, y antes de matarlos comámonoslos. Tengo aqui un pastel de liebre que de buena gana cazariás, y tambien una cabeza de jabalí, á la que si V. S. gusta le vamos á dar una dentellada.

—Es es, Pedro, déjate una dentellada. Y aprovechate de este descanso para descombarzarte dello ligero tren de casa, porque la vez estás un poco embarazado.

—¡Un poco embarazado!... Agobiado, mo-
ido....

—No te quejes, Pedro, nunca se toman de-
masiadas precauciones para ir á caza: mira si
yo he hecho bien de traer todo esto.

—Dé hacérmelo traer, querrá V. S. decir.

Y al mismo tiempo el elegante cazador fué
sacando de la mochila cepillos, navajas de afeitar,
limas para las uñas, limpia-oides y todos
los utensilios de tocador necesarios para vol-
ver á entrar convenientemente en la villa; un
termómetro para mantener á un temperamento
regular su atmósfera, y unos zapatos de Cau-
chuct impermeables para el Mac-Adam.... No
hay Mac-Adam en este país, pero es igual, el
elegante se los ponía cuando hacia viento: los
frascos llenos de perfecto-amor para refrescar-
se, y en fin, una cesta llena de provisiones de
boca.

Después le dijo á Pedro:

—Pon el cubierto.

—Ha olvidado V. S. traer una mesa.

—Verdad es, ya pensamos otra vez que
salgamos.

—¿Dónde quiere V. S. que le sirva?

—Sirve donde quieras; para comer puerco,

poco importa que me sirvas aquí ó que me
sirvas allá.

El criado tendió la servilleta en el suelo, y
avisó al amo que ya estaba servido.

Mientras el cazador se preparaba á comer,
el caballero de las pieles ocupado en sus rímas
no veía á nadie, aunque estaba allí cerca, y
continuaba murmurando siempre con el lápiz
en la mano.

¡Horror! Su mano airada

El blanco seno rasgó,

Y de su nieve brotó

Gota de sangre.....

—¿Cómo diablos haremos que sea esta san-
gre?...

Después que hubo comido el elegante caba-
llero, y dádole también al criado, el cazador le
dijo:

—Ya estamos un poco mas confortados, y po-
demos sufrir el frío. En caza, Pedro, en caza;
y esta vez no son liebres las que necesito yo,
ni perdices, ni codornices; lo que necesito es
un oso! ¡El corazón de Elisa es á este precio!
Elisa tendrá el oso, y yo tendré el corazón.

—Mejor quisiera yo los jamones, dijo Pedro.

—El corazón de Elisa, imbécil, no el del oso,
dijo el cazador; adelante y andando, Pedro.

—Pero ¿por qué lado? ¿dónde estamos?

—¿Cómo! ¿no sabes dónde estamos?

—No.

—Ni yo tampoco.

—Allá abajo veo un peon caminero. Voy á
preguntarle nuestro camino.

Y al mismo tiempo empezó á gritar como
un desesperado.

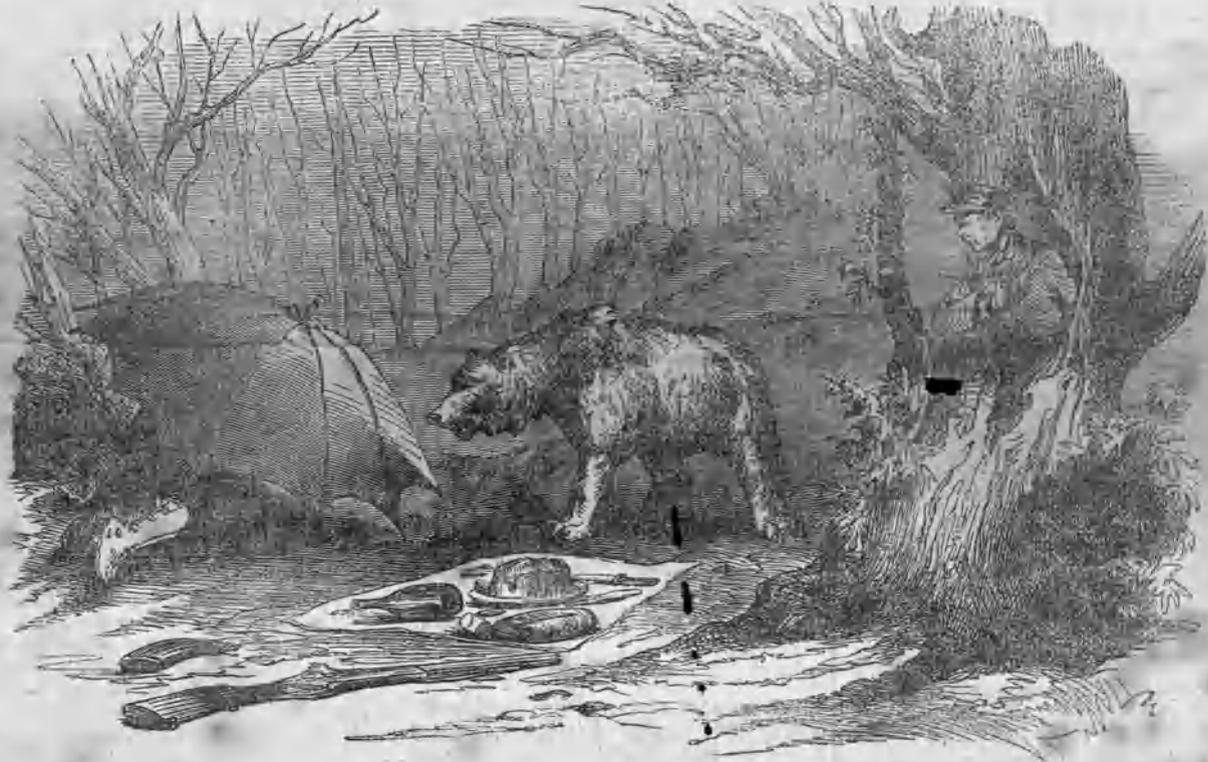
—¡Hola!... ¡caminero, caminero!.... Está
plantado como si fuera un guardacanton.

—Lo comprendo, dijo el elegante cazador.
Cuando esa gente se planta no se mueva por
nada en este mundo. Vamos, desata el perro y
sácale de su profunda meditación... Por la co-
la, no, imbécil, añadió al vez que el criado le
tiraba por la cola.

En aquel momento apareció un oso hacia el
fondo, trepando hacia una colina. Lo vio el
criado, y empezó á gritar:

—¡Ay, ay, ay!... ¿Qué es lo que trepa por
allá abajo?

Sacó su antejo el elegante cazador, y le
dijo:



—Si la vista no me engaña, al menos es una
liebre.

—Ya lo creo que os engaña la vista,...

—Pues de seguro no es una codorniz.

—Es un oso, dijo el criado preparándose pa-
ra correr, acordándose sin duda de aquella fa-
bulita:

Pedro Ponce, el valeroso,
Y Joan Carranza, el prudente,
Vieron venir frente á frente,
Al lobo mas horroroso:
El prudente temeroso,
A una encina se abalanza....

—¿Estás bien seguro, Pedro? dijo afectando
gran valor el cazador. He aquí el momento de
distinguirme.... Ves, y mántate aquel animalito,
Pedro.

—Mátelo V. S.... ¡Ay! ¡ay! ¡ay! corramos, ya
está encima, dijo el criado lleno de terror al ver
que se le aproximaba la liebre.

—Ya no hay tiempo: venza el talento, y su-
pla el ingenio á la fuerza: es nuestro único re-
curso, dijo el cazador al descubrir ya que el
bulto que antes le había parecido una liebre era
efectivamente un oso.

El cazador, muy embarazado desde luego,
dióse una palmada en la frente cual si le hu-
biese ocurrido una buena idea, cogió el para-
guas que estaba atado sobre la mochila, lo des-
plegó, y se ocultó enteramente debajo de él,
bajándose, y pareciendo encantado de su astu-
cia. Pedro, imitando al Carranza de la fábula, se
metió en el tronco hueco de un árbol seco que
había allí cerca.

El oso se aproximó hacia ellos, y empezó á
dar vueltas. Los dos tenían un miedo terrible;
de seguro no sentían el gran frío que hacia. El
cazador daba diente con diente, esperando el
momento en que el importuno y feraz huésped
se los marchase.

Permanecieron los dos en aquella posición.
El oso vino á olfatearlos, y pareció disgustado
de ellos, dando la preferencia al pastel de lie-
bre y á los restos de comida que sobre una
blanca servilleta habían quedado al descubier-
to. Púsose á comer tranquilamente, y después
que hubo satisfecho su apetito se llevó los res-
tos del festín, arrojando sobre el elegante ca-
zador y sobre Pedro una desdenosa mirada.

Permanecieron todavía cada uno de ellos en
su respectivo escondite; empero después que
vieron alejarse al importuno huésped, salió da

debajo de su paraguas el elegante cazador, y
llamó á su criado:

—¡Pedro!

—Mande V. S.

—Creo que ya se ha marchado.

—Yo tambien lo creo.

—Se ha marchado, dijo con fanfarronería el
elegante cazador... ¡se ha marchado!... ¡Maldit-
ción!... Me has hecho perder esta hermosa ocu-
sion de volver á la presencia de mi hermosa
querida cubierto de gloria... ¿Por qué me has
contenido, Pedro?... Es una desgracia tener un
criado tan cobarde.

—Tranquílcese V. S., señorita; allí veo la
fiera que vuelve hacia nosotros. No le contengo
ya á V. S.; pero le anticipo que tampoco me de-
tenga á mí... Yo voy á echar á correr.

—Ocultémonos me bien; y cuando el animal
no pueda vernos, tratamos con valor... por
la espalda.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay!... ahí está.

Entonces el cazador preparando su fasil, y
lo mismo Pedro, se ocultaron y apuntaron...
sin saber donde.

No era el oso el que llegaba sino el caba-
llero del pastel borrado de pieles, que iba siem-
pre murmurando su maldadada cuarteta:

¡Horror! su mano airada
El blanco seno rasgó,
Y de su nieve brotó
Gota de sangre... encarnada.

Al acabar de pronunciar la palabra *encarnada*, dió un grito de alegría al ver que había encontrado el consonante que por tanto tiempo andaba buscando.

En el mismo momento el cazador dió el grito de ¡foegof!

Descargó su fusil lo mismo que Pedro; y el poeta echó á correr como pudo dando gritos feroces, y dejando caer su manuscrito.

Salió de su escondite el cazador felicitándose y alegrándose de que pudiera alabarse de haber hecho la caza del oso. Pedro salió también al punto y registró el sitio donde creían deber quedar muerto el oso, y solo encontró el manuscrito. Se lo entregó á su amo, y éste no pudo menos de esclamar al verlo:

—¡Cielos! ¡una tragedia!... Hemos perdido el tiempo.

—Y la pólvora, dijo el criado.

Un oso era el único deseo del tierno objeto de vuestros amores, añadió Pedro; llévele V. S. esta tragedia, que bien puede valer un oso.

Cargaron el manuscrito al hombro, como hacen los cazadores con las piezas que han muerto, y dirigieron un pie tras otro hacia la noble capital de los dos mundos.

Avergonzado el cazador de volver á la presencia de su hermosa Eliss sin pieza alguna, el criado le consolaba diciéndole que ya llevaba una en cinco actos.

Encontraron cerca de la Puerta de Hierro á un hombre que con una chaqueta de paño pardo, una escarpija gruesa, y liados los calzones de ella con cuerdas, sin mas que un ordinario sartón á la espalda, llevaba varios conejos y liebres. Ajústese con él; le compré las piezas de caza que llevaba, y colocándolas triunfalmente sobre la correa de cuero chabolado que cruzaba su pecho, y sobre el elegante morral de red de paja que llevaba el cuello, salió con su entrada en Madrid.

Es muy frecuente que los cazadores de la heroica y coronada villa, que tan elegantes suelen salir á dedicarse á los placeres de la caza, verifiquen ésta, no con pólvora y balas de plomo, sino con balas de plata y oro.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

ESTADO DE LA ESCULTURA EN ITALIA.

Imposible es al hablar de bellas artes el que al punto no nos trasporte la imaginación á Italia; ella es su verdadera patria; allí domina sobre todo la escultura. En las estatuas se encuentran la religión y la historia de los antiguos, no solo en Roma, sino también en Paris, en Londres, en Berlín, do quiera que haya un museo que encierre una Venus, un Bruto, un Antínoo. Así en otro tiempo, las estatuas transportadas á la ciudad eterna, en medio de triunfales pompas, ofrecían en compendio la historia de cada una de las naciones sometidas á su imperio. Pronto asoma un pueblo de piedra en los templos, en los palacios, en las plazas públicas, en las encrucijadas, contrastando por su inmovilidad con aquella muchedumbre animada que va y viene por las calles. He aquí que abandona á Florencia Miguel Ángel, y con la Biblia en la mano va á buscar su Moisés en las riberas del Tiber. Allí fundó la escultura cristiana que dominó presto la pintura, invadiendo todos los cuadros, sin exceptuar los del mismo autor.

¿Cuál es, sin embargo, el espíritu que anima ahora á los escultores en Italia? ¿Es el de Fidias ó el de Miguel Ángel? Uno y otro, pues el pensamiento del que ha dado en Francia el Espartaco, ese Napoleón de los esclavos, no se hubiese podido concebir en el suelo italiano. Por tanto debo decir que vive en Florencia, en la plaza ducal, una Judit cortando la cabeza á Holofernes, grupo vaciado en bronce, que data de algunos siglos y recuerda la rebelión de los Ro-

rentinos contra el duque de Atenas; leyéndose debajo esa no menos sorprendente inscripción: *Exemplum publicæ salutis*. ¡Qué amor patrio de esta mujer que Parry se ha atrevido á ridiculizar al modo que lo hiciera Voltaire con la heroína de Orlean! Fuerza es decirlo, actualmente ni Moisés, ni Judit representan el espíritu de la escultura en Italia; siendo hasta necesario distinguir el espíritu de los artistas del de el público.

Absurda fuera esa distinción en toda otra época en que estuviese bien fijado el carácter del siglo, y las leyes, las costumbres, la unidad de un país, apoyadas en sólidos fundamentos. Ahora empero, en lo pasado buscan los italianos sus esperanzas para el porvenir; y venise elevar acá y acullá monumentos á los hombres ilustres de los pasados tiempos. Adoran los gobiernos al pueblo llorajeando su gusto; mas las estatuas que le ofrecen estatuas son de reyes. En cuanto á los escultores, teniendo en general fijos los ojos en las Venus y en los Apolos, aparecen dominados por el bello ideal de este género, aun cuando les pida la religión asuntos del todo diferentes: el Apolo se transforma en un Angel, la Venus en una Magdalena, he aquí la escultura clásica. Hubiese sido mejor que rompiesen los papas todas las estatuas, como lo habían empezado á hacer, para impedir la vuelta de la idolatría! Cánova recogiera en su taller toda la mitología, y la corte de Roma ha colocado sus obras en las salas del Vaticano.

Difícil es á los artistas el desprenderse enteramente de lo antiguo que por todas partes les rodea. Sabido es que en las puertas de bronce de la iglesia de San Pedro, están esculpidos los amores incestuosos de Júpiter. ¿En vista de esto debemos admirarnos de que los talleres estén llenos de Venus, Martes, Cupidos y otras divindades? Contrario de esta inclinación de los artistas, tiene el espíritu público á la reforma de la escultura, y citaremos á la italiana cuyo elocel no poderosamente á ella puede contribuir. No para Cesar, sino para Torquato Tasso pide el pueblo católico. Indignado Alfieri de que ese gran poeta este enterrado en la capilla de un convento sin ninguna señal de distinción, propone en un senato convertir la basílica de San Pedro en una vasta tumba donde queden depositadas sus cenizas.

El monumento del Tasso que ha ejecutado en yeso el escultor Fabri, es muy sencillo. Está el poeta sobre la tumba teniendo encima á Madonna, su mamá, y venise delante sus funerales. En lugar de esta procesion no hubiera sido mejor representar el bautismo de Clorinda, obra de su pluma, así como se esculpen sobre la tumba del guerrero las victorias debidas á su espada?

Para acudir á los gastos de esta escultura, abrióse una suscripción en la que figuraron muy luego los nombres de gran número de extranjeros de distinción; y Mr. de Chateaubriand, entonces embajador en Roma, dijo, al hacer su ofrenda, que el que había cantado la gloria de las cruzadas pertenecía á todas las naciones.

Débase á Thorwaldsen el sepulcro de Pio VII, uno de los monumentos de que se queja Alfieri. ¡Qué asunto como el de ese papa, por sus relaciones con los grandes acontecimientos de Europa! Los poetas y los oradores han empleado en esta ocasion tantas imágenes tomadas de la Biblia, de la mitología de todos los pueblos y de todas las edades, que apenas bastará un siglo para conocerlas. Tratábase del triunfo del catolicismo, mas ¿cómo pudiera comprenderlo Thorwaldsen siendo protestante! Su monumento nada dice. El papa está arriba, y abajo aparecen, á un lado, la fuerza y la Constanza, y al otro la Religión consultando la Biblia. Cierto que no es la religión católica, cuya índole está en la fé y no en el exámen. Según el parecer de los artistas, es de subido mérito la ejecución de esta obra; viene empero toda ella una frialdad glacial. Indignáronse á su vista los canónigos de San Pedro, y dijeron que era obra de un bárbaro y de un herético. Pero es preciso que sopan nuestros lectores que Mr. Thorwaldsen es dinamarqués y que los SS. canónigos llaman bárbaros á todos los que no son italianos. El taller de este hábil escultor es muy vasto; estando llenas de estatuas todas sus piezas, mu-

chísimo fòe quien le impidió en la carrera por celos contra Cánova. Hizo su retrato, colocó encima de un rico tapete en medio de su taller y presentólo á todo el mundo como á un gran escultor. Su mejor obra es un pastor y el triunfo de Alejandro, imitación de un relieve del Panteon de Atenas. Al lado de su taller debíase de ver los de dos artistas que gozan sobre él de la ventaja del genio, así como tiene sobre ellas el de la fortuna, Finelli y Tenerani. Este ha trabajado largo tiempo con Thorwaldsen, bien que no concordo entonces, presto sintió la necesidad de emanciparse. Su primera obra notable es la Payetiz que le encargara una noble señora de Florencia. Parece que en esta ocasion tuvo la fealdad el poder de inspirar la belleza. Trozo no menos notable es un bajo relieve representando la catástrofe del poema de los *Mártires* de Chateaubriand, cuyo dibujo se echa de ver en el salon de Mad. Recamier, de esa mujer en cuya casa no se sabe que es lo que mas se debe admirar, si su amabilidad ó su amor por las artes. Tenerani ha hecho igualmente Venus, Genios, Amores. No le falta el talento, sino la proteccion, y en consecuencia la fortuna; así es que su taller es muy modesto, lo propio que el de Finelli, su vecino, artista verdaderamente digno de este nombre, cuya noble breza jamás pudo doblegarse á la menor lisonja. Su Venus saliendo de la concha es notable y recuerda la del poeta Lucrecio; siendo como esta el simbolo de la naturaleza. Pero su Angel del juicio cual carece de inspiracion religiosa, no tiene el calor ni el grito del que despierta á los muertos; diríase mas bien que es un corneta del celestial ejército tocando retirada. Quizás el autor no ha leído jamás el Apocalipsi, ni soñado las formas de un ángel.

Tras los distinguidos artistas de que acabamos de hablar sigue una muchedumbre de otros que no hacen mas que atormentar con su círculo todas las deidades del paganismo. La corte pontificia protege bastante las bellas artes, y los nobles y las naciones se dirigen á ellas para visitar á los artistas en sus talleres. El cardenal Zurlo, despues de haber examinado muy minuciosamente las Gracias esculpidas por Thorwaldsen para el monumento Appiani, esclamó:—Podriase imaginar que nuestras bellas romanas hubiese servido de modelo á este artista! Están realmente aquellas Gracias muy lejos de brillar por la perfeccion de las formas, y el cardenal hacia justicia á la belleza de las ropas. La escultura ha sido admitida en el Vaticano, cuyos vastos salones le han cedido los papas, pero sometiéndola á las leyes de la decencia. Los principes romanos mandan hacer algunas escavaciones para enriquecer sus galerías, verdaderos cementerios de las bellas artes, como dice Lamartine hablando de los museos. En efecto, rara vez ponen en ellos las pies sus opulentos poseedores, y dejan el goce casi esclusivo á los curiosos y á los extranjeros. En el pueblo se encuentra el sentimiento de las bellas artes, y un transeverino, de pie en una taberna, con la capa echada en las espaldas, os representa sin pensarlo, la postura de un senador de los buenos dias de la republica. Los artistas encuentran en esta clase excelentes modelos, no solo en cuanto á las formas, sino tambien por lo que hace á la inteligencia.

Una señora transeverina sabe muy bien hacer el papel de Cleopatra delante de un escultor. El último artesano conoce la historia romana y la mitología por la narracion de los ancianos; y no es solo en la capital de los Estados pontificios donde se cultiva la escultura. La Romania ha producido dos artistas distinguidos, Barrozi y Monti, quien ha ejecutado diferentes obras para la catedral de Milan y la de Novara; pero no sé si tiene genio. Barrozi es profesor público en Bolonia. El bello ideal de la escultura, según él, no se encuentra sino en la mitología; así es que habiéndose hecho una Leda muy hermosa, no ha temido el escándalo, ofreciéndola á los ojos de todos á una ave amorosa faldándose sobre una mujer desnuda. El cementerio de Bolonia es un verdadero museo donde pueden los artistas formar su talento. En posicion es magnífica: rodeado de edificios, de árboles y de flores, ofrece el aspecto de un vasto

Jardín. Allí, como en todas partes, encuéntrase la gerarquía de los rangos y de las fortunas. El sepulturero es el único artista que trabaja en las sepulturas de los plebeyos; las cuales ocupan el centro, elevándose por todas partes á su alrededor pomposos monumentos, en los cuales ha echado el resto la escultura para hombres cuyos nombres los egipcios ni siquiera hubiesen permitido inscribir. El orgullo mas bien que la piedad vela para la conservación de ese museo fúnebre.

El gusto para los monumentos no se estende por el Sur mas allá de los estados del papa. El napolitano es completamente indiferente á ellos; Virgilio abandonado sobre una roca, no está rodeado mas que de zarzas; y el Tasso no ha obtenido sino un miserable busto colocado en un jardín público. Los escultores cuyos nombres se citan son Angelini y Calli: el primero ha trabajado algunos amores asaz graciosos y algunos monumentos bastante estimados; y es el segundo, autor de las estatuas que se echan de ver en el palacio del ministerio. Colábrase entre ellas Fernando I vestido á la manera de Aquiles. Si el sentimiento de las bellas artes no está todavía formado en Nápoles, es porque no basta la naturaleza, y la educación debe venir á su auxilio. Mientras toda la Europa espera con impaciencia los resultados de las excavaciones de Pompeya, apenas treinta trabajadores están removiendo perezosamente las cenizas que encubren tantos tesoros. El Museo no encierra sino un pequeño número de estatuas, y si cuatro alumnos van á estudiar la escultura en Roma, el gobierno que en él las conserva, no tiene el mérito de esta institución, la cual data del reinado de Murat.

Otra de las ciudades de Italia, en la que está igualmente adelantada la escultura es Florencia; mas con un carácter del todo diferente de la de Nápoles y Roma. La sombra de Miguel Angel se echa siempre ella; así es que Florencia puede llamarse el país de la regeneración, la cuna de la edad media. No aparece en ella dividida la escuela literaria en romanticismo y clasismo, se ocupaba de la antigüedad, destinado á representar la opinión pública, era una obra de filosofía que marchaba en la senda del progreso y pertenecía á la nueva escuela. El Dante y Miguel Angel, he aquí los dos grandes modelos que proponía. La literatura ejerce una poderosa influencia sobre las bellas artes; así Pamela no turba el reposo de Hércules, ni de Ajax, por quienes sentimos pocas simpatías, sino que va á despertar en sus tumbas á dos grandes artistas, Arnolfo di Lapo y Brunelleschi, para colocarlos al lado de la catedral de Florencia, y mostrar á la vez el que ha edificado aquel magnífico edificio, y el que ha elevado en los aires una cúpula tan elegante y atrevida.

Bartolini ha esculpido una Virgen con el Cristo en las rodillas, concepción de Miguel Angel, que criticara justamente Milizia, diciendo que el hijo le parecía de mas edad que la madre. Entre las demas obras nótese una *Caridad* con dos niños, de una belleza poco común. Este artista dió su primer paso en Francia, donde su talento ha podido ser apreciado por los que han visto enclavada en la puerta del Museo del Louvre la cabeza colosal de Napoleón, que reemplazó la de Luis XVIII, obra de pésimo gusto.

Muchos siglos han transcurrido desde que se probara que la tierra corre dando vueltas; y sin embargo, no había Florencia mostrado á la pública admiración las facciones del que descubriera esa importante verdad. El gran duque se ha encargado de reparar aquella falta, y pronto quedará insculpida en la sala de la Academia del elemento la estatua del Galileo, en medio de los instrumentos con que rasgaba el filósofo el velo de la naturaleza; la obra es debida al cincel de Bontati, y es de un trabajo de todo punto notable. El mismo artista ha trabajado tambien un *Ferminio*; y á bien los inteligentes no quieren ver en él sino á un Isidoro, ello es que se le reconoce por un profeta, y que la obra no carece de inspiración. No ha sido tan felicitemente tratado Dante, el Hameró del cristianismo. La literatura y la escultura parecen estar acordadas para llamarlo á la vida, y compensarle con honores públicos su destierro, sus desgracias y

el olvido en que le arrojara la ignominia. Pero así como han desfigurado su poesía los pedantes, ha desfigurado Ricci su persona, halo esculpido sobre su tumba medio desnudo y con los miembros fuertemente indicados, á guisa de un lazzaroni de Nápoles.

La ciudad de Pisa acaba de erigir una estatua á Leopoldo I, gran duque de Toscana. Esa ciudad, favorecida ya por la naturaleza, háse señalado entre todas las demas, despertando las chispas de saber que se escapaban del Oriente, y espaciando en seguida su luz por las regiones occidentales. Su universidad ha gozado de una brillante celebridad; Leopoldo, ese príncipe que ha labrado la dicha de su país con su moderación y amor al progreso social, enviaba á ella sus hijos para que aprendiesen á familiarizarse con sus súbditos, y se ilustrasen al propio tiempo cultivando las ciencias y las letras.

Muy justo era que elevasen una estatua á semejante príncipe, para recordar á los monarcas el buen ejemplo que les diera.

La reforma de la escultura empezada en Toscana, será llevada á cabo en Milan por un artista, cuyo genio y habilidad en la ejecución le señalan bien claramente como superior á los demas. Hablo de Pompeo Marchesi, á quien parece ha colocado la naturaleza al extremo de Italia, como para dar á aquella comarca el imperio de las bellas artes, que por tan largo tiempo perteneciera al país del centro, á Roma y á Florencia. Milan no posee monumentos que recuerden la historia del país, y exciten el entusiasmo artístico; y lejos de mostrar nada la pasada grandeza, todo respira en ella la comodidad actual. Las riquezas hallanse esparcidas á poca diferencia por todas las clases, y los ciudadanos son iguales delante la ley. Como las casas guardan todas un mismo nivel, jamás se ve esplendor de un palacio insulta la miseria de una casa vecina. Es la única ciudad de Italia que ofrece recursos al talento y en la cual sea esto practicable; pues el ser de las familias regularmente instruidas hace que lo sepan donde quiera con exactitud. Desde medio centenar con mas brilla el genio de Marchesi. Si entras en las casas encontrarás en ellas estatuas salidas de sus manos, la Flora, la Venus, la Inocencia, la Magdalena, que constituyen el ornato de escaleras y salones. Véase no pocas en casa de la marquesa Visconti de Aragona, en la de la princesa Belgiojoso, y en la del duque de Litta; pero en su taller es en donde brilla el artista con toda su gloria. Su imaginación original, emancipándose de los trabas de la imitación, háse abierto un nuevo camino, toma de la mitología los nombres, pero no los personajes. Su Flora y su Venus tienen absolutamente el carácter de la época actual. Los placeres están en ellas espiritualizados, y véase en las mismas algo de intelectual, que en las estatuas de los griegos y de sus imitadores no se columbra al través de su cubierta material. Su *Psiquis* y su *Inocencia* son el simbolo de dos almas que solo al cristianismo leña definir. En los asuntos sagrados particularmente, ha desplegado Marchesi su hermoso talento. En su *Joven Nazareno predicando á los doctores*, admírase un conocimiento perfecto de la marcha que sigue la naturaleza desde la infancia hasta la edad de treinta y tres años; y adviñase en él la ilonómica del Cristo pintado por Leonardo de Vinci. La armonía de la parte moral con la física, el alma de un Dios desarrollándose en el cuerpo de un joven, sobrealzan en él de una manera sorprendente. No nos fuera dable presentar aquí el catálogo de las obras creadas por la imaginación de aquel grande artista; su taller encierra, ó mejor encerraba, una multitud de ellas. Aquí la arcilla se transformaba en estatua, allí se entablaba el mármol á los martillazos que hacían resonar la bóveda... ¡Ay! ¡que no existe ya tan bello taller! La envidia, que con la tea en la mano hace la guerra al genio, ha incendiado el templo de la escultura; el artista ha librado esta pérdida cruel; pero pronto, semejante al fénix, ha reaparecido con una imaginación mas fresca y vigorosa. Abrióse una suscripción para indemnizarle de la pérdida de su fortuna, y á su vez indemniza él á los milaneses de las obras maestras que perdieron. El gobierno le ha encargada

una obra inmensa y de un precio considerable, destinada á la ciudad de Milan: el genio de Marchesi se mostrará en ella con lo que tiene de mas noble y mas elevado: consiste en una madre conduciendo á sus hijos á la iglesia el día del Viernes Santo, para ver representar en ella la muerte de Jesucristo, y explicarles los misterios fundamentales de la religion. ¡Qué sublime objeto, qué grupo! ¿habrá nada que se le pueda oponer entre los mas admirables trozos de la antigüedad? El grupo del *Toro Farnesio* es el monumento de una bárbara veenganza: dos hijos del rey de Tebas que amarran con cadenas á un toro salvaje á la rival de su madre.

Y al paso que se lanza en el porvenir del arte, no olvida Marchesi lo pasado, y habaga la inclinación que tienen generalmente los italianos á rendir homenaje á la gloria de los muertos. Así es que ha trabajado el busto del poeta Monti; siendo asimismo obra suya la estatua del célebre Beccaria que se vé en el palacio de Brera. El autor de los *Delitos* y de las *Penas*, ostenta en su semblante la satisfacción de haber enjugado con la publicación de su libro las lágrimas de gran número de desgraciados. Proterro á él véase al poeta Parini, quien, no se por qué, ha tomado bajo el cincel de Marchesi, la expresión de un San Juan Evangelista.

Vase á elevar una estatua á la señora Agnesi, célebre matemática, que abandonó las ciencias por las obras de caridad, y acabó su vida en el piadoso establecimiento de Trivulzi. Las señoras de Milan lucen los gastos de la escultura: ellas son las que bordaron un tapete para regalarlo á Bellini; ellas las que abrieron una suscripción á favor del poeta Grossi, por cuyo medio pudieron pagarle su poesía con veinte mil francos, suma colosal para un autor italiano. Aquellas señoras, llenas de admiración hacia el genio, sobre ser de pulcrísimo talento y amable carácter, son las mas bellas y graciosas de toda la Península. En semejante país y en medio de las favorables circunstancias, la reforma de la escultura debe hacerse rápidamente y con éxito completo. Místrase sin duda en el arco llamado *del triunfo*, el cual, de arco de triunfo ha sido convertido en arco de paz, celebrárase igualmente en esa catedral de Novara, cuyos canónigos, queriendo el gobierno emplear su dinero para el bien público, lo consagran á las bellas artes. El arco del Sámpton y la catedral van á ser cómodas lias, en las cuales se trabajará una lucha artística entre Marchesi y los mas célebres escultores italianos. En el entretanto, buse encargado este célebre artista de hacer una estatua de Carlos Manuel, rey del Piemonte, que se erigirá en la plaza de Novara, en memoria de la mejora de Malaria, cuyos pantanos hicieron secar aquel príncipe.

La Francia no dejará de aplaudir los esfuerzos de los italianos para la reforma de la escultura, participa ya de su gloria, y su pequeño bullarín napolitano, supera, á nuestro entender, á todos los antiguos faunos. Las bellas artes pueden representar á la edad media y á la época actual, sin que sea necesario disfrazarlas con un traje griego ó romano. El sublime pincel de Gerard ha representado á Enrique IV y á Napoleón en dos grandes cuadros, que equivalen á dos poemas históricos; pero se les ve cual se mostraban á los ojos de sus contemporáneos. Cumpla la escultura su misión: ni cobrá la tónica del héroe á un rey de Nápoles. El Napoleón de la plaza de Vendôme, es ciertamente el *petit caporal*. Cada hombre, por decirlo así, aparece señalado con un sello particular que le distingue del resto de la humanidad. Al ver el emperador su estatua por Cánova, admirado de su entera desnudez, mandó que la cubriesen con un velo. Cánova habla imitado á los romanos, y Napoleón, aquel vasto genio que intentó regenerar la humanidad, dió al echar aquel velo la señal de la reforma.

JOSÉ ALCÓLVA.

Director y Editor don Francisco de Paula Mallada.

MADRID, 1857.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE BELLAS,
calle de Santa Teresa, n. 8.